

le ha hecho : él se levanta sobre sus dos piés, está mirando el cielo al paso que domina la tierra, y podría decirse que busca á su Criador para llevarse consigo hácia su centro divino la creacion que en él se resume y resplandece.

Así el cristianismo con su dogma de la creacion ilumina el misterio del origen en la cuna misma de la humanidad.

II.

Pero este primer dato del dogma católico no es suficiente para conocer con toda claridad el punto de partida del Progreso. Al ver, como quien dice, cara á cara esa grandeza pasada y nuestra miseria presente, me pregunto á mí mismo ¿cómo ha descendido tan bajo el hombre que partió de tan alto? ¿Porqué, despues de aquella grandeza del punto de partida, este abatimiento secular? Entre esa perfeccion que se desvaneció en el principio, y esta miseria que se renueva con los siglos, ¿cómo será posible fijar la ley y la realidad del Progreso? No hay que dudarle : si no hay otro dogma que venga á completar la doctrina, la marcha del hombre en el pasado y su condicion en el presente son inconciliables con el esplendor del Eden atestiguado por toda la historia; y el Progreso debe quedar un enigma incomprendible.

Así es, que para acabar la revelacion del misterio del origen, el cristianismo añade á esta palabra *creacion* esta otra : *la caída*; palabra reveladora, sin la cual nunca entenderéis nada, ni en la doctrina, ni en la ley, ni en las condiciones, ni en la historia del Progreso; la caída del hombre, misterio que solo él explica tantos misterios; *punto oscuro*, *sin el cual*, segun el dicho ingenioso de un escritor, *no hay luz en ninguna parte*.

Y ved por qué todos los teóricos del Progreso anticristiano, escépticos, racionalistas, panteistas ó ateistas, hacen acerca de esta palabra un ruido que no hacen acerca de otra alguna. Un instinto que no los engaña, les revela que en el fondo de esta palabra se revuelve toda entera la cuestion del Progreso; y su ingenio se agota en imaginar sin este dogma capital teorías del Progreso que mienten á la historia mintiéndose á sí mismas.

La filosofía racionalista, aspirando al honor de fundar una teoría del Progreso fuera del cristianismo, sigue por lo que toca á la cuestion de la caída tres procederes principales que voy á indicar en breves palabras.

El primero consiste en negar, en el punto de vista del Progreso, la importancia de este punto fundamental.

« ¿Qué importa, dice ella, que Adan haya caído ó no en un lugar que el Génesis llama el Eden? Desde el momento en que el hombre en un día dado ha sido miserable, y en que para escapar de la miseria ha tomado el partido del Progreso, la filosofía no se cuida de averiguar si nació miserable, ó si lo ha sido despues de nacer. Si hay Progreso, ¿qué importa á la humanidad que aquel haya empezado ántes ó despues del Eden?... Vosotros fijais el punto de partida despues, nosotros lo ponemos ántes; pero en definitiva siempre es el mismo punto de partida. Entre vosotros y nosotros no hay mas que una cuestion de data, la distancia del día de hoy al de mañana. »

Así tratan la cuestion de la caída escritores que hablan del Progreso. Lo digo con una profunda tristeza : jamas hubiera creído, que pudiese tomarse en nuestra época con una ligereza digna de otro siglo una cuestion que en todos tiempos ha dado mucho que entender á los talentos de primer orden. « ¿Qué importa, decis, que Adan haya caído ó no en un lugar que se llama Eden? » De Maistre os responderia en su idioma : *Importa mucho*. En el fondo de esta caída hay todas las cuestiones radicales, necesarias para la solucion de los problemas que suscita el Progreso : cuestion del mal moral, cuestion de la libertad humana, cuestion de la expansion libre ó de la represion obligatoria de los instintos y de las pasiones; en una palabra, todas las cuestiones relativas á las condiciones y á las leyes actuales de todo Progreso verdadero. Segun sean las circunstancias en que el hombre ha caído ó no ha caído, serán muy diferentes la ley y las condiciones del Progreso; y es burlarse á un mismo tiempo del linaje humano, de la ciencia y de la cuestion que se trata de resolver, pasar delante de este problema de la caída que encierra tantos otros, diciendo : « ¿Qué importa? Desde el momento, decis, en que el hombre ha tomado el partido del Progreso, ¿qué importa saber en donde este Progreso comienza? » ¡O lógicos! Pero si en esto estriba la cuestion. ¿Ha tomado, ha podido tomar el

hombre por sí mismo el partido del Progreso? Entre vosotros y nosotros hay la misma cuestion. Se trata de saber, determinando el punto de donde parte el hombre, si este ha subido ó si ha bajado, y de éste modo cerciorarse del Progreso ó de la decadencia; ¿y vosotros comenzais dando por sentada la existencia del Progreso, para concluir de esta hipótesis, que es inútil saber de donde aquel parte? Verdaderamente me dejais admirado: cosa semejante no se vió jamas en la ciencia; esta saca la luz de la luz, y es su marcha echar sobre sus conclusiones la claridad de los principios; pero vuestra filosofía sigue un método opuesto: ella esconde dentro de sombras el punto de partida del hombre para iluminar mejor su camino; pretende hacer salir la luz de las tinieblas, y pide á la noche que nos ilumine. Por mas que digais, la caida os importuna, el pecado original os ofusca. Esa afectacion de desden no es mas que una táctica, y la indiferencia que mostrais por todo lo que concierne á esta cuestion, no es otra cosa que una máscara.

Por esto, cuando vuestra filosofía marcha á cara descubierta, no es mas que lo que ella es siempre delante de la verdad, es decir una *negacion*, diciendo resueltamente: « Yo niego la caida primitiva, yo niego el pecado original, yo niego la decadencia humana, yo niego el mal en el hombre. » Y este es el segundo proceder que sigue la filosofía del Progreso que combatimos en este momento: ella niega, al mismo tiempo que la caida del hombre, el mal en la humanidad. Para ella el mal no existe; y si ella conserva su nombre, no es sino para expresar una simple relacion. El bien y el mal con respecto á cada cosa es relativo á su lugar y á su hora en la historia del Progreso. Lo que es un bien respectivamente al hecho que precede, viene á ser un mal respectivamente al hecho que debe seguir; y por lo mismo, como no temen decirlo ingeniosamente los racionalistas: « El Progreso es como Jano que tiene dos caras, la una que mira el porvenir, y la otra que mira lo pasado. » Visto por la parte que mira lo pasado, el Progreso es el bien, porque es superior á lo que le ha precedido; y visto por la parte que mira el porvenir, él es el mal, porque es inferior á lo que debe seguirle.

Y á la verdad, resolver de esta manera la cuestion del bien y del mal, es una cosa atrevida, y á mi entender muy absurda y al mismo tiempo muy sencilla; pero á lo ménos es muy sincera é inteligible.

Poco ha, la cuestion de la caida no era mas que una cuestion de data; ahora, la cuestion del mal es una *cuestion de óptica*, pues así lo declaran nuestros adversarios. Por lo que toca al mal en sí mismo, dicen ellos: « Nosotros lo negamos, el mal es el término del sér finito, y no hay otro. » Así pues, ese fiero desden afectado en vista de la cuestion de la caida primitiva y del mal en el hombre, no era mas que una hipocresía. La caida desaparece bajo una negacion absoluta; y el mal en la humanidad, obstáculo eterno á la marcha del Progreso, se desvanece como el sueño de las generaciones y de los siglos, bajo la marcha de un Progreso fatal que pasa devorando todas las virtudes y consagrando todos los crímenes; porque en ese sistema, en el que la brutalidad compite con el absurdo, es Progreso todo lo que quita el obstáculo del presente para reinar en el porvenir; es Progreso todo lo que sale bien y todo lo que triunfa; es Progreso toda victoria de lo que es mas fuerte sobre lo que es mas débil; es Progreso la deificacion de la fuerza, y en fin la apoteosis del feliz suceso. Tal es el Progreso que consagra en la humanidad la negacion de la caida.

Pero esta negacion de una caida, cuyo retumbo universal han consignado en sus anales y ritos todos los siglos y todos los pueblos, ha parecido insolente aun á nuestros adversarios. Talentos ha habido, que teniendo mas delicadeza, han tomado una actitud enteramente diferente respecto al hecho de la caida. No atreviéndose á negar redondamente un hecho escrito por todas partes sobre monumentos puestos bajo la custodia de los siglos y á la vista de los pueblos, han querido *interpretarlos*; y para expresar el sentido real del dogma y de la historia, han evocado no sé qué poder misterioso que explica todos los dogmas é interpreta todos los hechos, ó mas bien destruye á la vez todos los dogmas de la religion y todos los hechos de la historia. ¿Y cuál es ese poder? El *Mito*.

¿Qué es mito? ¿Qué es ese oráculo nuevo, á quien el siglo pregunta para saber, no ya solamente el sentido de la fábula, sino tambien el sentido de la historia? ¿Quién es ese ente misterioso, que explica tantos enigmas, resuelve tantos problemas, disipa tantas tinieblas? Definido en el sentido de los adversarios, el mito es una idea oculta debajo de un hecho, ó un hecho que sirve de velo á una idea. Hé aquí el mito. Hé aquí el grande oráculo de la interpretacion moderna: los filósofos lo han

evocado para interpretar el dogma y el hecho de la caída; y presentándose delante de la Iglesia apoyada sobre sus dos bases, han pronunciado á poca diferencia este discurso: « Vosotros nos acusais de que negamos el relato de Moises y destruimos el hecho del Eden: nosotros lo admitimos, pero lo explicamos. Este relato dista mucho de ser una historia, pues no es mas que un mito: es una idea oculta debajo de un símbolo. » ¿Y cuál diriais que es esa idea oculta debajo del hecho histórico? ¿La idea tal vez de una caída, de una decadencia, de un desastre? Nada ménos que eso. Adoradores de la invencion y del ingenio moderno, escuchad de nuestro ingenio un admirable descubrimiento.

El hombre, dice esa filosofía, es primeramente instinto: la naturaleza es para él un paraíso de delicias y de ignorancia; es la edad de oro de la infancia de la humanidad, paraíso de la inocencia y de la felicidad negativa, que no es otra cosa que la impotencia de hacer el mal y sentir el dolor. Admitid sin prueba este punto de partida de la naturaleza humana, porque de ello no hay prueba alguna. La doctrina interpretativa del mito de la caída lo declara; y así *debió ser* al principio. Pero, héos aquí llegar la hora en que, hallándose estrechada la naturaleza humana, va á romper con su propio crecimiento las envolturas del instinto que parece le aprietan y le sufocan. La aurora de la razón atraviesa la sombra del pensamiento puramente instintivo: el hombre se eleva á la inteligencia del bien y del mal; por medio de este progreso llega á la posesion de la libertad; del uso de la libertad nace la posibilidad de la prevaricacion; y de la posibilidad de la prevaricacion á la misma prevaricacion, no hay mas que el intermedio de un acto de voluntad. El hombre, como inteligente, conoce la ley moral; como libre, la infringe, y por su prevaricacion se deshereda él mismo de su paraíso de ignorancia y de paz para entrar en la vida borrascosa de la inteligencia y de la libertad.

Hé aquí, Señores, la caída original, caída maravillosa, que no es otra cosa que un movimiento progresivo, puesto que es el paso de la vida instintiva á la vida moral, de la sensibilidad á la inteligencia, de la ignorancia al saber, de la fatalidad á la libertad, de lo ménos perfecto á lo mas perfecto; es decir, el paso mas grande que jamas haya dado el hombre en la via del Progreso. Por manera que, por un proceder cuyo secreto os costará un poco descubrir, la humanidad en masa,

para expresar una idea, ha tomado un hecho radicalmente contradictorio á la misma idea, es decir, el hecho de la caída del hombre como señal del progreso humano.

Ya lo veis: el racionalismo del siglo décimonono, aun que sea un poco ménos inhábil que la filosofía del siglo décimooctavo, no tiene todavía una habilidad del todo consumada. Su invencion, aun en su punto de vista, no es nada ménos que ingeniosa: ella miente á la nocion del mito que él mismo ha dado, es decir, una idea oculta debajo de un hecho; y ni siquiera tiene el pequeñísimo mérito de ser fiel á su principio y de estar de acuerdo consigo misma. Porque en fin, cualquier cosa que admitais sobre la realidad histórica del Eden, por la confesion misma de la interpretacion mítica, aquello fué el advenimiento del mal moral en el mundo; y por lo mismo, algo de terrible y desastroso. Hacer pasar este desastre como un progreso de la humanidad, y lo que es mas singular aun, escoger para simbolizar este progreso el mito de una decadencia, esto no es solamente ultrajar á un tiempo el dogma y la historia; es tambien poner la contradiccion en las cosas y en su propio pensamiento. Yo me pregunto con sorpresa, cómo tuvieron á la vez todos los pueblos la idea extraña de figurar su mayor progreso bajo el mito de su mayor caída; y atónita se queda mi razón en vista de una explicacion que nada explica, y de una interpretacion en la que compiten la puerilidad y la inconsecuencia. Y en medio de la luz que se desprende del error para glorificar la verdad, indecible es mi alegría por no hallar aquí contra el dogma cristiano mas que desprecios que le hacen honor, negaciones que lo corroboran, y contradicciones que dan mucho mas realce á sus divinas armonías.

¡Ah! Señores, tengo tambien aquí muchísima satisfaccion de ser discípulo de la verdad é hijo de la luz; y al ver esas tinieblas que amontona el error en torno de mi pensamiento, me veo en la precision de exclamar: Hágase la luz: *Fiat lux*. Poco ha preguntaba, ¿cómo el hombre criado tan grande, aparecia tan pequeño? Y mi doctrina me responde: « El hombre ha caído. » Aquí tambien el cristianismo es claro, afirmativo, histórico. Colocado seis mil años hace en medio de las generaciones que llevan todavía sobre sí mismas las huellas de aquel desastre primitivo, con el objeto de levantarlas, está gritando de

continuo con una voz que no se callará nunca: «El hombre ha caído;» y ha caído porque ha querido caer. Elevado tan alto por los dones de Dios dos veces liberal para con él, ha querido subir aun mas alto, y ha caído bajo el golpe de un castigo doblemente merecido. Por esta puerta abierta de una prevaricación, única pero solidaria, ha entrado el mal en la naturaleza humana. «Por un solo hombre, dice san Pablo, ha entrado el pecado en este mundo, y con el pecado la muerte.» *Per unum hominem peccatum in hunc mundum intravit, et per peccatum mors, et ita in omnes homines mors pertransiit*¹.

Así el germen de la muerte fué inoculado á todo el linaje humano, y con el germen de la muerte el principio de todas las decadencias. Con el rechazo de su caída se desencadenó en el hombre la *concupiscencia*, es decir, todas las pasiones vueltas contra su fin; fuerza terrible, una y colectiva al mismo tiempo, que iba á conspirar en el hombre contra el hombre para arrastrarle á su ruina. Bajo el impulso de esta fuerza enemiga que ha tomado asiento en el centro mismo de su vida, está el hombre sometido á los arrebatos y seducciones de sus pasiones desencadenadas contra él. *Unusquisque tentatur à concupiscentia sua, abstractus et illectus*²; esta concupiscencia engendra el pecado, y el pecado la muerte: *Concupiscentia parit peccatum; peccatum verò, cum consummatum fuerit, generat mortem*³. Entre estos dos términos, á saber, la vida de donde el hombre ha caído, y la muerte adonde el pecado le arrastra, hay la formidable propension hácia toda decadencia. Criado el hombre en el primer plan de la Providencia para subir hasta la posesion de lo infinito, podrá, si nada le detiene, ir rodando de caída en caída hasta la eterna separacion de lo infinito.

Tal es el segundo dogma que pone el cristianismo en la cuna del hombre para iluminar el punto de partida del Progreso humano. Con esta palabra, la *caída* primitiva, la decadencia humana, y para hablar como la Iglesia, el *pecado original*, resuelve todos los grandes problemas relativos á la doctrina del Progreso. Una vez puesto este dogma en la cuna del hombre, se desvanece la teoría del Progreso fatal lo mismo que una sombra á los rayos de la luz. Aun en el estado de

1. Rom., v, 12.

2. Jacob., i, 14.

3. Ibid., 15.

justicia y bajo el manejo fácil de sus potencias que funcionaban con orden, nunca ha marchado fatalmente el hombre en la via del Progreso. Viviendo de la vida sobrenatural, participando por la gracia de la vida misma de Dios, el hombre ha podido caer; él cayó en efecto de la vida divina; y por una caída libre y consentida se ha echado él mismo en la pendiente de la decadencia. ¿Cómo pues podría llevar en sí mismo la ley de un Progreso fatal y de un perfeccionamiento necesario, en virtud del rechazo de su caída, y bajo el peso que él mismo se ha puesto sobre sí? Perezca para siempre jamas la doctrina del Progreso fatal: á esa filosofía, cuyo resultado en la historia no es otro que consagrar todas las derrotas y divinizar todos los buenos sucesos, el dogma de la caída la ha herido de muerte; y ella no se levantará nunca mas, si no es para caer al momento bajo el anatema de los pueblos y los rayos de la Iglesia, es decir bajo el golpe vengador de la misma verdad. El dogma católico presentándose con su simplicidad divina, da heridas mortales á los sistemas que alteran ó destruyen la nocion del Progreso humano, porque desconocen las verdaderas leyes de la humanidad desconociendo la caída del hombre. Delante de la libertad de la caída, no puede subsistir la fatalidad del Progreso.

Y con este dogma doblemente revelador ha hallado tambien su total solucion la cuestion del mal moral y del influjo que este ejerce en la vida humana. El mal que reside en la humanidad, no es un mal relativo; es un mal en sí mismo, es el desvío del fin, es la vida vuelta al revés, es el antagonismo del Progreso. Este mal que vive en la sociedad y que se respira con el aire, no se halla solamente fuera del hombre, en las instituciones, en la sociedad; se halla dentro del hombre mismo, y sobretodo dentro de su corazon, foco ardiente desde el que hace el mal sus explosiones periódicas sobre la humanidad.

Bajo este supuesto, la ley suprema del verdadero Progreso se desprende claramente del desastre primitivo; y la lucha del hombre contra sí mismo, y el esfuerzo contra el antagonismo de las pasiones que le empujan á la decadencia, tal será, para la humanidad caída y mientras exista en el mundo, la condicion de su verdadero Progreso. Este Progreso, aun despues de la caída, Dios lo quiere tambien, pero con la condicion del esfuerzo, y mediante la lucha.

Que vengan ahora cierta clase de hombres á repetir en cada siglo y en